

Branko Milanovic

Los tres miedos alemanes

Blog del autor, 16 de noviembre de 2023.

Pasé una semana extremadamente agitada e intelectualmente estimulante en Berlín. A pesar de mi razonable seguimiento de la política alemana (nadie interesado en Europa puede permitirse el lujo de ignorar la política alemana), no estaba preparado para la magnitud del malestar que aparecía en casi todas las conversaciones. Durante esa semana, di una charla sobre mi nuevo libro “Visiones de la desigualdad”, hice una presentación sobre la desigualdad global y una mesa redonda con la Confederación de Sindicatos Alemanes, y participé en la inauguración de un sitio web sobre la desigualdad de la riqueza en Alemania. Así conocí a personas de diferentes ámbitos de la vida: académicos, sindicalistas y personas cercanas al gobernante SPD, investigadores de la desigualdad, varios periodistas que me entrevistaron e incluso varios políticos que dieron charlas en diversas ocasiones. Pero ni en sus discursos públicos ni en sus conversaciones privadas pude dejar de observar una gran dosis de pesimismo.

¿Cuáles fueron los temas que alimentaron el pesimismo? Aquí hay una lista aproximada: inflación y escasez de energía, estancamiento económico (crecimiento cercano a cero), ascenso de la extrema derecha, parálisis política, pérdida de exportaciones a China, declive de la tecnología automovilística alemana, alta desigualdad de riqueza, asimilación imperfecta de los recursos extranjeros. Población nacida en Alemania, ineficiencia de los ferrocarriles alemanes, calles oscuras en Berlín (ahorro de energía), total dependencia política de los EE.UU. Se podría seguir dependiendo de la persona con la que hablé, los movimientos casuales de la conversación y el estado de ánimo diario.

Para un observador extranjero que podría haber desembarcado en Alemania sin saber mucho, ese pesimismo parece exagerado. En el lado positivo del balance actual se podría enumerar la riqueza general del país, la aceptación de más de un millón de refugiados sirios y casi la misma cantidad de Ucrania, y el pleno empleo. Sin embargo, dominan los tonos negativos.

Creo que el sentimiento pesimista domina no sólo por las guerras actuales en Ucrania y en Israel/Palestina, y la incertidumbre general que ha envuelto al mundo, y a Europa en particular, sino por la resonancia de las preocupaciones actuales con los acontecimientos de cien hace años en Alemania. Me pareció que los acontecimientos actuales jugaban con tres importantes temores alemanes: la inflación galopante, el colapso de la democracia y el aumento del antisemitismo. Los tres se basan en el período de Weimar y, al igual que una persona que una vez ha sido envenenada, el miedo a un resultado similar no se evalúa por la fuerza real del “veneno” actual sino por los recuerdos del pasado.

Es bien conocido el temor a la inflación que destruyó en gran medida la credibilidad de la república de Weimar. Ha estado detrás de las políticas monetarias y fiscales alemanas extremadamente cautelosas desde el final de la Segunda Guerra Mundial. La diferencia entre la inflación de 1921-23, que alcanzó en su punto máximo la tasa mensual del 30.000 por ciento, y la actual inflación anual de un solo dígito es enorme. Sin embargo, la inflación actual está impulsada por el aumento de los precios de productos básicos como la energía y los alimentos. Su impacto, por pequeño que sea en cifras, parece desproporcionado. Afecta a los segmentos más pobres de la población mucho más que a los ricos.

Esto a su vez plantea, más agudamente que antes, la cuestión de la desigualdad y la redistribución de la riqueza. A pesar de muchos años de gobierno socialdemócrata y de un extenso Estado de bienestar, la desigualdad de riqueza en Alemania es muy alta. Según la encuesta de hogares SOEP, el 39 por ciento de la población alemana tiene una riqueza financiera neta nula (o casi nula), y casi el 90 por ciento de la población tiene una riqueza financiera neta, o no relacionada con la vivienda, bastante insignificante (lo que se refleja en el hecho de que sus ingresos mensuales de la propiedad son inferiores a 100 euros por persona). Esto hace que la desigualdad de riqueza en Alemania (dependiendo de la métrica que se utilice) sea igual o incluso mayor que la altísima desigualdad de riqueza en Estados Unidos. A esta sensación de injusticia se suma la sensación de que muchas grandes fortunas están ocultas o disfrutan de refugios fiscales gracias a los diferentes esquemas europeos y a la competencia fiscal entre los países de la UE.

El segundo temor es el de la fragilidad de la democracia. Ese miedo también parece, a la vista de las cifras, enormemente exagerado. Pero el pleno establecimiento del Alternativ für Deutschland como un partido parlamentario estable con alrededor del 10% de los votos, y no una moda pasajera como los republicanos en el pasado, sirve como recordatorio de una posibilidad no despreciable de un fuerte movimiento hacia la derecha, o de la influencia indirecta de la derecha sobre los gobiernos de coalición (cualesquiera que sean). Por supuesto, no hay una negación directa de la forma democrática de gobierno por parte del AfD, ni (parece) ninguna probabilidad de que llegue al poder como miembro dominante de una coalición, pero el miedo incipiente que uno detecta se parece más a una preocupación por una erosión gradual de la democracia similar a lo que ha ocurrido en Hungría y quizás en Polonia. Es posible conservar tanto la forma como algunas características esenciales de la democracia, pero otras características esenciales pueden diluirse gradualmente.

El tercer miedo es, en cierto modo, el más irracional pero no me parece ausente. El fuerte, y quizás excesivo, apoyo de Alemania a Israel en la actual guerra en Oriente Medio tiene sus raíces obvias en la Shoah y la expiación por aquellos crímenes que la opinión pública y los políticos alemanes han puesto a la altura desde el establecimiento de la República Federal. de un principio casi fundamental, igual a la gobernanza democrática y la independencia judicial. La ironía es que un celo excesivo por la expiación podría conducir a la aceptación incuestionable de políticas que conducen a crímenes cometidos contra poblaciones civiles. Alemania se enfrenta así a un drama casi griego: el deseo de corregir las fechorías del pasado puede conducir a la aceptación de las fechorías actuales.

Los tres temores que se manifiestan en la atmósfera ya sombría del declive económico global europeo, las incesantes presiones inmigratorias del Sur a las que Europa no puede adaptarse (como lo demuestra el cierre de fronteras en los países nórdicos), su dependencia energética y la ausencia de una voz política, me hizo mirar las calles inusualmente oscuras de Berlín (y, de hecho, los clubes y restaurantes alegres y bien iluminados) con un presentimiento algo mayor del que merecen.